



JACKSON POLLOCK, *Night Sounds*, 1944

Lester Young

Pres murió el domingo pasado en la habitación de un hotel en Nueva York, y si no sabes quién era Pres, es que te has perdido gran parte de la música de América de los últimos treinta años.

Todos los aficionados al jazz le conocían muy bien. Y el domingo pasado, cuando Ed Walker comunicó la triste noticia en el Sands Ballroom, el público apenado exclamó «¡Ooooooh!»

Porque Pres era el Presidente, Lester Young, uno de los verdaderos gigantes del jazz, cuyo saxo tenor creó sonidos y frases y melodías que están hoy inextricablemente unidas a casi toda la música de jazz. Fue uno de los tres grandes solistas de jazz que cambiaron el curso de la música; los otros dos: Louis Armstrong y Charlie Parker.

Si en este país construyesen estatuas a los músicos de jazz en lugar de a los políticos, habría una de Pres en Kansas City. Porque Lester Young, de Nueva Orleans y Count Basie, de Red Bank, Nueva Jersey, pusieron a Kansas City en el mapa musical. Lo hicieron, juntos, en los años treinta, cuando la delicada figura de Pres, con su saxo aguantado de lado, sus ojos cerrados y su cabeza hacia atrás, era una visión familiar para los miles de aficionados al jazz en todo el país.

Pres fue la encarnación de Kansas City en el jazz.

Sólo fue un saxo tenor, dices. Oh no, fue algo más que eso. Mucho más. Para empezar, fue un poeta, de mirada triste y mística, herido porque el mundo no era en realidad tan hermoso como lo había soñado. Así pues, lo transformó a su manera con su arte, creó su propio y hermoso mundo dentro del cual todas las paradojas y miserias del real no podían penetrar, salvo para ser purificadas. Nos dejó compartirlo con él, y cuando murió, cada aficionado al jazz del mundo perdió a un miembro de su familia.

Si su inclinación natural hubiese sido la pintura o la escultura, sus obras maestras estarían colgadas en las paredes de los grandes museos del mundo y montadas en los patios de los palacios. Como fuese, cinceló una diminuta porción de su arte dentro de los surcos de las grabaciones fonográficas, donde seguirá siendo apreciado por los oyentes durante tanto tiempo como podamos hacerlos sonar. El resto de su preciosa música la dio a conocer, libre como el viento, en incontables *jam-sessions*, en habitaciones de hotel y sótanos de todo el mundo, y en miles de coros de blues



DOMINIC SNYDER, *Cubist Rhapsody*, 1986

con Count Basie, y en salas de baile y teatros, y en años de trabajar con su propia banda en clubs nocturnos, y sobre innumerables escenarios con «Jazz at the Philharmonic». Ese es el arte de Lester Young perdido para siempre.

Pero éstos son recuerdos de aquellos tiempos. Nunca le conocí, excepto muy de pasada, pero tengo algunos vívidos recuerdos. Dejadme contaros dos.

Una noche, en el sótano de un club, que era antes un restaurante chino, en el centro de Oakland, Pres me dio un cigarrillo de una cigarrera que medía un pie de largo y luego fue al escenario y tocó el blues más hermoso, claro y plumoso que escuché jamás. Otra noche, hace veinte años, en «The Famous Door» de la Calle 52, la banda de Basie estaba amontonada al fondo del salón golpeando el techo con las trompetas. El sonido era tan grande, tan intenso, que se convirtió, casi, en lo suficientemente sólido como para caminar sobre él. Fuera de esta onda acústica, Pres, con su largo y ondulado cabello y un delgado bigote, se levantó y dijo susurrando: «¿Cómo está por ahí?». Esto cortó a través de los metales como una bala, suave como fue, y me dio justo en el hueco del estómago. Casi lloré. Puedo casi llorar ahora pensándolo y del hecho de que su reconocimiento todavía sea el de unos pocos.

Sí, el recuerdo de Pres durará más que el de los héroes del deporte, científicos y generales que hayan sido Hombres del Año del *Time*. Porque su música se alza con resonantes acordes en las mentes de los hombres, y vivirá tanto tiempo como la raza humana.

Ralph J. Gleason *Héroes del Jazz*

(Fragmento) Madrid, Júcar, 1980